

doctor en jurisprudencia, todos sus estudios. Su rectorado (1836—1837) no desmereció de la tradición gloriosa del claustro. Entre otros puestos importantes desempeñó el de Rector de la Universidad Nacional y del Colegio de Pinillos en Mompox, en favor del cual consiguió en 1839 la habilitación para grados universitarios de las clases que allí dictó con mucho lucimiento de legislación universal, derecho constitucional y administrativo, economía política y derecho internacional.

Ni menos podrá olvidar el Colegio del Rosario que el fundador del de San José es uno de sus colegiales ilustres, que supo llevar siempre en alto en defensa de su fe y de la Constitución el nombre de este semillero de la verdadera democracia.

JULIO CÉSAR GARCIA

De la Facultad de filosofía y letras.

## ¿POR QUÉ TEMBLAR?

¡Insensato de mí! Verdugo infame  
Impunemente al cristianismo azota;  
¿No hay un acento que venganza clame?  
Mi lira caiga sobre el ara, rota,  
Mas la justicia y la verdad proclame.

¿Por qué temblar? Acaso, patria mía,  
Incita la razón a vil mutismo,  
O el grito de la sangre a cobardía?  
Y si te dio la libertad un día  
Es estrella y es cumbre: no es abismo.

¡Luminar director, yo te saludo!  
Que, cuando Marte sus legiones muertas  
Mire yacer en la campiña, yertas,  
Tú grabarás sobre su roto escudo:  
*Ubi spiritus Dei, ibi libertas.*

La luz primaveral abre las rosas,  
La ventisca glacial les da la muerte:  
Si abre Lutero a las virtudes fosas,  
Sobre las huellas de Simón, hermosas,  
Brotan mil rosas el erial inerte.

Como al viento se doblan las espigas  
El genio se arrodilla a tus querellas.  
Te respetan las huestes enemigas,  
Porque escribes tu historia con estrellas  
En la noche del tiempo, que fatigas.

Tu poder, Religión, turba y espanta:  
Hace azucena al espinoso cardo  
Que se dolió de lastimar tu planta;  
Destila amor su labio, miel y nardo  
Si tu soplo apocenta en San Bernardo.

Y el nieto de Macrina asombra a Atenas,  
A Lutecia, Dionisio, y a Antioquía  
El Crisóstomo; en ciencia y ambrosía  
El hijo de Leonidas, niño a penas,  
Embriaga la ciudad de Alejandría.

Rompes, cuando viniste a la existencia,  
Sobre tu altar la poma de alabastro,  
Embalsamas en gracia la conciencia,  
Y el niño es ángel, la mujer es astro  
Y el Génesis la base de la ciencia.

Y en un agrio peñón que el oceano  
Tempestuoso o tranquilo besa o bate,  
Un águila caudal, profeta y vate,  
Dejó un enigma, y al saber humano  
De tantos siglos fatigó su arcano.

En tu expansión la casta quedó rota,  
Que hermanos vio tan sólo tu justicia:  
Tu mano puso, para el bien propicia,

En la callosa mano del ilota,  
La blanca mano de gentil patricia.

A tu queja de amor, de los escitas  
Se disipan, cual niebla, los engaños;  
A tu voz, de ternuras infinitas,  
Puéblanse los desiertos de eremitas  
Y las selvas de graves ermitaños.

Brilla ante el orbe tu beldad serena:  
Palpita el mármol y suspira el bronce,  
Y el paria inerme rompe la cadena;  
Tomás de Aquino se levanta entonces  
Y Dante canta la terrible pena.

Alzaste tus caladas catedrales,  
Donde adoraron al feroce Odino;  
Y bajo el cielo gris, en los cristales  
Al quebrarse la luz, los ventanales  
Hablan al alma del amor divino.

¡Salve, culto inmortal! Rancio abolengo  
Tu sacra sien con resplandor circuye.  
Tu portentosa vida se diluye  
En la vida de Dios... ¡Ah, me detengo!  
¡Vence los siglos y los evos huye!

¿Quién te derrocará si es tu cimiento  
Del corazón humano, la esperanza?  
¡No los aplastes, no! Su atrevimiento  
Es ira, es impotencia, es sombra, es viento.  
¿A mover lo infinito quién alcanza?

J. F. FRANCO QUIJANO

Febrero 1917.

